

En la presentación del capítulo 6 del libro que el lector tiene en sus manos, Benigno Delmiro recuerda que «ahora se relegan las minas como fuente de energía básica en los países capitalistas desarrollados», por lo que «la rememoración de este mundo que se diluye sin remedio con ellas cobra un más alto valor simbólico al añadirse el componente nostálgico». Tiene toda la razón... Quien lea estas páginas (más de uno habrá, espero, que haya conocido directa o indirectamente la vida de la mina) sabe muy bien que la globalización viene transfiriendo, desde hace cuarenta años casi, la explotación del subsuelo al tercer mundo o los países del antiguo «socialismo real» (!qué sarcasmo!), desde donde todavía nos llega alguna noticia de catástrofes laborales o las inquietantes imágenes de espectros rescatados que surgen de las entrañas de la tierra. Nuestras minas, como buena parte de aquel «sector secundario» que antes era símbolo de orgullo colectivo de los pueblos avanzados (siderúrgicas, astilleros, complejos químicos...), empiezan a ser un recuerdo. Han dejado paisajes desolados y lunares, tinglados ferroviarios abandonados, urbanizaciones ennegrecidas, enfermos crónicos y hombres aburridos que consumen su juventud en el paro o su madurez en la condición de jubilados anticipados. Algún filme ha sabido revelar con veracidad el drama que tapan las cifras de lo que un día se llamó (nuevo sarcasmo...) reindustrialización: pienso en *Los lunes al sol*, de Fernando León de Aranoa; en las obras de Ken Loach, o en aquel milagro de veracidad y emoción que fue *Ça commence aujourd'hui*, de Bertrand Tavernier, que vio a través de una escuela rural el hundimiento de las explotaciones hulleras en la región Calais-Pas du Nord.

Se acaba un mundo, sin duda, pero no debe eclipsarse sin que nos deje dos acuciantes memorias vivas. La una nos concierne a todos: la historia de solidaridad y rebeldía, de conciencia y resistencia que han supuesto ciento y pico de años de minería en nuestro país. Allí tuvo lugar buena parte —si no la mejor— de la realidad del movimiento obrero en España y la aparición de algunos de sus mejores líderes. Para quien tiene mi edad, como para los personajes del cuento de Juan Pedro Aparicio, *Santa Barbara bendita* (del que hablan estas páginas), las notas melancólicas y derrotadas de aquella tonada asturiana le evocarán la pelea diaria contra el franquismo, cuando el simple e inocente canto de *Asturias, patria querida* bastaba para ir conducido a Comisaría y recibir una ración de bofetadas. Pertenezco a una generación en la que el pozo María Luisa o el coto de La Camocha conformaban la geografía casi mitológica de la rebeldía. Y esa historia ha de ser parte de la de todos.

Pero detrás de este libro hay también otro mito que ha seducido la imaginación de muchos: la conquista del subsuelo. Los antropólogos saben muy bien que el dominio del mar y el de lo que hay bajo la tierra han sido las dos grandes aventuras de la humanidad más pródigas en temores, leyendas y ensoñaciones. Uno y otro dominios está poblados de tesoros ocultos pero también de peligros. Pero la conquista del mar, a pesar de su crónica terrible de naufragios, errancias y misterios, suele venir revestida de las prendas del heroísmo y la grandeza. Hasta los piratas comparten algo (o mucho) de la leyenda de admiración que abraza a todos los hombres del mar. Los mineros han tenido peor suerte y seguramente tal cosa se inscribe en hondones antropológicos muy complejos. Benigno Delmiro nos recuerda a menudo la dimensión *plutoniana* de los hombres del subsuelo y observa cómo, incluso en obras que los idealizan, comparece el rasgo terrible: la brutalidad, la borrachera y la venganza. Neptuno (heredero latino del griego Posidón) y Nereo, los dioses del mar, son, a fin de cuentas, sabios y protectores, e incluso Posidón, hijo de Cronos y Rea, pudo ser mayor en edad que el propio Zeus, jefe de todos. Plutón fue, a cambio, el heredero del papel del griego Hades, también hermano de Zeus, a quien correspondió el reino de lo subterráneo, que es también el reino de los muertos. Por eso su nombre es apenas pronunciado por los creyentes y la leyenda de sus riquezas se mezcla con las de sus temibles cóleras.

Es cierto que la literatura de las minas no tiene en España, como subraya el autor, una obra de la fuerza y el significado de *Germinal*, la novela de Emile Zola. Pero también es verdad que uno de los primeros testimonios europeos de la dureza del trabajo subterráneo es obra de un escritor español y, si Benigno Delmiro hubiera comenzado su repaso más atrás, habría hablado de Mateo Alemán, el autor del *Guzmán de Alfarache*, que, a comienzos de 1593, siendo contador de la Hacienda real, fue juez visitador de las

minas de cinabrio de Almadén donde trabajaban forzados y que estaban arrendadas a los banqueros alemanes Fugger (los proverbiales Fúcares). En 1965 el filólogo Germán Bleiberg dio a conocer sus minuciosos informes que, sin duda, tuvieron que ver con la gestación de su gran novela. Y no mucho después, otro investigador francés, Michel Cavillac, publicó la obra de Cristóbal Pérez de Herrera, *Amparo de pobres* (1598), casi coetánea del Guzmán y donde su autor, el mejor amigo de Mateo Alemán, usaba con largueza de sus experiencias como médico en las galeras del rey.

Pero es evidente que, a los efectos de este volumen, el recuento había de comenzar en 1850 y, a partir de ahí, nada sustancial ha dejado de ser censado y analizado: desde aquellas minas de Socartes que acompañan los pasos de la Marianela galdosiana, del ciego Pablo Penáguilas y del doctor Golfín, hasta *La aldea perdida*, de Palacio Valdés, cuyo centenario acabamos de celebrar, pasando por la olvidada Teresa, de Clarín, y también el oportuno recuerdo de la madre de Fermín de Pas, tabernera en un valle minero. Desde los espléndidos reportajes de Manuel Ciges Aparicio (*Los vencedores y Los vencidos*) hasta la profunda huella de los hechos de 1934 en la creación literaria, pasando por *El metal de los muertos*, de Concha Espina. Para concluir con sendos y sugerentes capítulos sobre las letras de la posguerra y las más actuales, donde tienen parte las novelas y poemas con vocación testimonial, pero también los novelines edificantes (como *Sexta galería*, del sacerdote José Luís Martín Descalzo) e incluso aquellos relatos como *Volverás a Región*, de Juan Benet, donde la mina es algo secundario pero, sin embargo, profundamente imbricado en la densidad geológica de uno de los grandes relatos españoles del siglo pasado. (Para que el lector no tenga por del todo inútil este prefacio, anotaré uno de los contadísimos olvidos del autor en el que caigo al redactar estas páginas de ahora: Pío Baroja, hijo del ingeniero-director de las minas de Ríotinto, ambientó en aquellas (aunque sin precisión onomástica) el primero de los cuentos, «Bondad oculta», que componen *Vidas sombrías*, 1900, su primer libro.)

Conocí a Benigno Delmiro Coto en Zaragoza, cuando él era profesor en el Instituto de Tarazona. Quería que yo le dirigiera la tesis doctoral y, lo que no es frecuente, me traía ya su tema. Hacía bueno de ese modo algo que he pedido en muchas ocasiones: que el objeto de nuestros trabajos tenga que ver con nosotros mismos y no simplemente con un trámite administrativo o un gaje más de la vida profesional. Así era, y la dedicatoria de este libro de ahora dice pudorosamente mucho de aquella decisión que nos hizo respectivamente doctorando y director de tesis, y buenos amigos a la par. Hoy la tesis de entonces viste arreos tipográficos muy cuidadosos y no quiero ocultar que es un honor muy especial el poder prologarla: primero, porque así lo ha querido su autor, pero, en segundo y no menos importante lugar, porque se imprime a expensas de un sindicato obrero y de una Fundación que lleva el nombre de un luchador, Juan Muñiz Zapico, que es parte de la historia más honrosa de Asturias y de España.

Zaragoza, octubre de 2004